

# TERCERA CRUZ DE CABALLERO

ILDEFONSO ARENAS

TERCERA CRUZ  
DE CABALLERO



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: mayo de 2017

© Ildefonso Arenas, 2017  
© de la presente edición: Edhasa, 2017  
Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6311-1

Impreso en Huertas

Depósito legal: B 9856-2017

Impreso en España

A la memoria de  
D. Martín de Ena y Urdangarín,  
teniente coronel del Ejército del Aire.

«Elige un trabajo que te guste  
y no tendrás que trabajar ni un día de tu vida.»

CONFUCIO

El autor prefiere, para los nombres de objetos específicos, personas y lugares, acogerse a la práctica usual de los cuerpos diplomáticos, la de trasladarlos al papel, si se trata de textos oficiales o notas verbales, tal y como se formulan en su lengua original.

Los personajes sin nombre y apellido son enteramente ficticios, sin relación alguna con la realidad; cualquier parecido con personas reales o que hayan existido es del todo accidental, fruto de la casualidad y sin intención alguna por parte del autor. Los personajes con nombre y apellido existieron en la realidad, así como los hechos históricos en que participan; no obstante, la presencia de estos personajes en los hechos no históricos que aquí se relatan es una licencia literaria.

Miércoles, 18 de junio de 2008

El periodista de la ARD, el consorcio de televisiones públicas de la República Federal Alemana, no entendía del todo el castellano. Le acompañaba un *freelance* chileno que dominaba el alemán. Su objetivo era entrevistar a la suboficial española sentada frente a ellos. El Estado Mayor había tardado semanas en pasarles sus datos; si tras eso hubiesen podido iniciar su trabajo, pues todavía, pero la cauta sargento no daba un paso sin que lo autorizasen sus mandos. Se armaron de paciencia, pues parecía que sólo ella podía describir la vida del tercer militar español condecorado con la Ritterkreuz des Eisernen Kreuzes, o Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Antes habían examinado el historial del tal militar, por cortesía de un Estado Mayor Español que desdeñaba la certificación del Bundesarchiv-Militärarchiv; su postura, que su jefe de prensa mantenía con firmeza, era que salvo los generales Muñoz-Grandes y Esteban-Infantes ningún soldado español había recibido esa condecoración. Ya desesperaban cuando la sargento les hizo saber que, como nadie se lo prohibía de un modo expreso, aceptaba explicarles por qué un desconocido teniente coronel, fallecido en 1993, le había dejado en herencia la condecoración que le acreditaba como uno de los más grandes pilotos de la Deutsche Luftwaffe. No le pudieron sacar más antes de verse las caras en el salón de su casa, el cual era tan grande como fresco; esto último, gracias a un aire acondicionado exquisitamente silencioso. El mes transcurrido hasta llegar allí lo habían dedicado a estudiar, a sugereencia del Estado Mayor, las vidas de los dos generales. La opinión del alemán, tras charlar con personas que les trataron, tras visitar sus altares en el Museo del Ejército y tras conocer sus his-

toriales del tiempo en que combatieron por el Reich, era escéptica. Para él era evidente que la condecoración se les otorgó por motivos políticos, no militares. Eso, por otra parte, no era raro; de hecho, pasaba lo mismo con la mitad de los no alemanes que recibieron la Ritterkreuz.

El caso del tercer distinguido con la Cruz de Caballero era intrigante. Para empezar, los registros de la Luftwaffe le consignaban al estilo alemán –nombre y apellido de familia–, pero el que rellenó su ficha eligió para lo segundo el de su madre, tan lleno de consonantes que resultaría impronunciable para un español; en cuanto al de pila, y quizá por error, formó un combinado con el nombre y el primer apellido, el cual coincidía con un nombre compuesto alemán, no de los corrientes, aunque tampoco de los más raros. En el historial del Ejército del Aire, por el contrario, el Ritterkreuzträger, o portador de la Ritterkreuz, figuraba enteramente «a la española». Por si eso fuera poco, el tal historial mostraba una larga e inusitada excedencia, de 1943 a 1963. Todo aquello, tan opaco y tan inusual, les hacía sospechar que la vida del misterioso Ritterkreuzträger sería más interesante que cualquiera de las veintiuna que llevaban estudiadas.

–¿Podría explicarnos algo de su vida? Por ejemplo, la razón de que sea usted militar. Así, el público natural del reportaje, teledividentes cultos alemanes, austríacos y suizos, todos de alguna edad, se situará con facilidad. Sus palabras se oirán tal y como las diga, con subtítulos en alemán. Es importante que no se guarde nada, que nos cuente todo lo que a su juicio tenga valor. Olvídense del tiempo. Si no acabamos hoy, pues ya seguiríamos mañana, y pasado, y todos los días que hagan falta.

No lo aparentaba, pero estaba nerviosa. No asustada. Una soldado capaz de barrer con una ametralladora del 50 a una cuadrilla de milicianos, no se asusta de casi nada.

–Mi familia es de suboficiales. A los del tiempo de mi padre no se les preparaba en una escuela especializada, como se hace hoy. Se incorporaban como soldados rasos, para luego reengancharse. Mi padre se retiró a los cincuenta y ocho, la edad obligatoria. Con tristeza, porque le gustaba su trabajo. Era muy vocacio-

nal, muy disciplinado. No tenía ninguno de los malos hábitos que se suelen adquirir tras años y años de guarniciones y cuarteles. Lo que llegó a ser en la vida se lo debió al Ejército, como nunca dejó de repetirnos. A sus hijos. Somos siete. Yo, la pequeña. La única chica. Tardía, que mi madre me parió a los cuarenta y tres. Así pasó, que no tuve seis hermanos. Tuve siete padres. El de verdad y mis hermanos. Muy severos. Muy protectores. Y muy militares, que lo son todos. Suboficiales, de los de hoy. Bien instruidos. Mi ambiente familiar, ya lo ven, no pudo ser más castrense. Subalterno, sí, pero de primera calidad.

Se detuvo para encender un cigarrillo. Necesitaba el humo para no perder el hilo. Le habían dicho que no sería una entrevista de cuestionario estricto, de no se salga usted de los carriles. De ahí el haber interiorizado la historia. Llegado el momento de contarla, sólo se trataba de no liarse. De no descarrilar.

—Desde pequeña quise ser militar. Sin esperanza, porque la milicia seguía sin abrirse a las mujeres, salvo para ser Dama Enfermera de la Sanidad Militar. Yo no quería limpiar culos por cuenta del Ejército, enténdanlo —el chileno, divertido, sonrió—. Yo quería ser soldado. En el 88 se promulgó la ley que nos permitiría ingresar, pero de floreros. Sólo podíamos sentar plaza en los Cuerpos Comunes, donde lo último que nos darían sería un fusil. Mis hermanos decían que cualquier día se abriría la mano y así podríamos ser militares de verdad, con derecho a pegar tiros y a que nos los pegaran, pero los días transcurrían mientras yo me comía las uñas de impaciencia, porque se me pasaba el arroz. De ahí que diera saltos de alegría cuando se promulgó la ley 984/92, la que abría las puertas a las que sentíamos una verdadera vocación. Tenía diecinueve años, el título de graduado escolar y dos años de Formación Profesional. Mecánica y Motores. Ya ven, muy femenina no era, no... Bueno, un poquito, sí. A mis amigas las peinaba yo, que se me daba bien, pero no era eso lo que yo esperaba de la vida. Por ejemplo, no soñaba con comprar un coche, como hacían ellas. Yo quería un tanque.

Lo había dicho sin énfasis. El modo de hablar de una soldado competente y disciplinada, no el de una loca de la vida. La

forma en que se comunica un sargento acostumbrado a dar y recibir órdenes, y llegado el caso a tomar decisiones. A los periodistas les habían hablado de una olvidada escaramuza, sucedida en 1995 entre Mostar y Sarajevo. El transporte blindado del destacamento danés donde viajaba ella, de regreso a la base de los legionarios españoles y precediendo a un grupo de ambulancias, se vio cercado por una partida de milicianos serbobosnios. Sus anfritriones, que no iban bien de ardor guerrero, buscaron la seguridad por la tronera posterior, pero ella, desoyendo recomendaciones de prudencia, se subió a la cúpula de la ametralladora pesada, la montó a dos manos, pues el cerrojo del arma era para músculos más poderosos que los suyos, y despreciando los disparos que llegaban de todas partes abrió contra los emboscados un fuego devastador, tanto que hacía saltar en pedazos los adoquines tras los que se parapetaban los atónitos milicianos. A cuatro los dejó allí, en el sitio, y dos de los que huyeron no llegaron lejos, pues ella siguió tirando, a matar, hasta que todos se perdieron de vista. Tras eso, los perplejos daneses regresaron a su desconchado blindado sin acabarlo de creer, y el convoy de ambulancias pudo seguir adelante. Cuando la dejaron en Mostar estaba preocupada. Se olía un arresto, por indisciplina –las órdenes que le dieron antes de ir a buscar una bomba de inyección al destacamento danés, pues solían prestarse repuestos los unos a los otros, eran categóricas: «¡no te metas en líos!»– y por hacer uso de armas ajenas. De ahí su sorpresa cuando los legionarios, al tanto del episodio gracias a la radio de la NATO, la pasearon por el recinto entre vítores a sus enormes ovarios de Legionaria del Aire. También, el alivio de saberse no arrestada, pues lo contrario le habría costado ser devuelta de una patada en el culo a la MAESMA. Esto lo supo gracias a que quien se la puso a horcajadas sobre sus hombros, tan fácilmente como si fuera una niña de seis años, fue su propio y gigantesco capitán.

–Fui la primera con especialidad. Mecánica y motores, ya se lo dije. Aun así, no sabían qué hacer conmigo. Una cosa era que yo pidiera destino en una maestranza y otra que, por las buenas, el Mando confiara en una cría para cosas tan serias como re-

parar aviones. Por cierto, que si me alisté ahí, en el Aire, fue por no coincidir con mis hermanos. Todos son de Tierra. No quería que me protegieran, y mucho menos ser la niña de nadie –el chileno asintió, aún más divertido; la sargento, como les habían advertido, era de armas tomar–. Acabaron destinándome al Grupo de Automóviles del Cuartel General. Andaban tan cortos de personal que incluso una chica les vendría bien. Eso sucedió a finales del 92, en tiempos del servicio militar. Conducir coches de generales aún era misión de soldados de reemplazo, pero al ser el blanco natural de la ETA la mayoría pasaba de hacerlo.

–¿Y cómo podían pasar? ¿No era indisciplina?

–Si lo hicieran por las buenas, sí, pero el truco era sencillo: conducir fatal. En cuanto se cargaban un par de aletas, el Mando entendía. De ahí que hubiera muchos más servicios que conductores. Su jefe, un brigada que se llamaba Benjamín, debía cubrir mogollón de obligaciones con cuatro soldados por cada diez. Lo resolvía sacrificando los que menos riesgos ofrecían de acabar en bronca si los dejaba sin cubrir. De ahí que limitase los que se prestaban a generales en la reserva, pero eran tantos que al menos necesitaba dos tíos. Le vine al pelo porque conmigo podría liberar uno de los reservados para eso y ponerle al servicio de generales en activo, que ahí le dolía de verdad. Cuando tuve confianza le pregunté por qué no me puso a mí. Pensaba que diría «por ser muy peligroso», pero no. Sólo sucedía que los generales en activo no querían saber nada de chicas conductoras. Los jubilatas tampoco, pero con ellos no se cortaba en decir «pues Vucencia sabrá, porque la niña o nada». De ahí que se resignaran, aunque de mala gana. Estuve así un año, hasta pasar los exámenes de cabo primero especialista. Con el galón me llegó el destino en la MAESMA, pero ésa es otra historia.

El alemán asentía un punto preocupado. Deberían apretar a la sargento, porque a ese ritmo acabarían por Navidad.

–Así comenzó mi añito de llevar carcamales de un lado para otro. Cuando se tranquilizaron los primeros, y se corrieron las voces, comenzaron a tratarme de «hija», y a decir que había venido muy guapa, y que los piratas me caían muy bien. No les hacía

caso, dentro de la cautela con que hay que tratar a los generales. Ir de paisano era obligatorio, aunque dentro de un orden. En el caso de los soldados era fácil de codificar: ni bermudas ni camisetas, sólo pantalones no vaqueros y camisas de botones, pero las chicas somos otra cosa. Benjamín terminó por aceptar que aquello era una cuestión de camuflaje, y cuál mejor que parecer la nieta del abuelete de turno. A ellos les parecía bien. No soy una belleza, pero a mis diecinueve no estaba mal del todo. Tenía curvas, y bien puestas, y eso lo agradecían los yayos. A mí me parecía bien que se les alegraran las pajarillas según me miraban el culo, con tal que pudiese acabar a mi hora. Les asombraba, eso sí, que fuese armada. De camiseta bien ceñida, piratas ajustados y una Llama M-82 de quince balas en el cargador y otra más en la recámara. En «condición dos»: montada y lista para tirar. En eso fui tajante: «Si me veo con un comando de la ETA, quiero tener la opción de disparar». El brigada tragó, porque no podía oponerse. Yo no era un miserable soldadito de reemplazo, sin derecho a nada. Yo era un militar profesional. Sin graduación, aunque con todos los derechos. El primero, a defenderme.

El chileno la reconstruía en su mente. Camiseta ceñida, piratas, buenas curvas... Una Scarlett Johansson agropecuaria, que se le daba un aire. Por los ojos. Y los morros. Para según qué actividades, a los veinte debió de ser insuperable. A los treinta y cinco..., pues también. Él, al menos, no le haría ningún asco.

—Lo que a ustedes les interesa empezó poco antes de Navidad. Era viernes. Por la noche tenía plan. No había casi servicios, así que podría irme a las dos. En esto viene Benjamín y me dice que había pensado en mí para uno especial. Ya la hemos jodido, me dije. Por entonces ya no era una inocente pardillina que traga con todo. Me habían aflorado los espolones, lo primero que a una chica le ha de asomar en un cuartel o si no se la comen viva. Ya me buscaba las peores palabras para emprenderla con el brigada cuando alzó la mano, conciliador. En síntesis, que se trataba de un favor poco menos que personal. Me quedé de muestra, porque Benjamín jamás atacaba por lo sentimental. Era muy tramposo, aunque no hasta ese punto.

»«¿Y de qué servicio se trata, me lo quiere usted decir?»

««Recoger, en Chueca, a un jefe muy enfermo, y muy mayor. Llevarlo al Hospital del Aire. Quedarte allí hasta que acabe. Quimio. Será como una hora, dos todo lo más, aunque con riesgo de que haya gente y debáis esperar. Devolverle a Chueca, después. ¿Que a qué hora? Pues le han citado a las tres. Con el tráfico de los viernes tendrás que recogerle a las dos, así que come antes. Con algo de suerte, a las seis estarás libre».

»Muy mal se tendrían que dar las cosas para que no estuviera en casa sobre las siete. Con eso me apañaba, de modo que allá que salí. Chueca es un barrio de calles muy estrechas, plagado de restaurantes, tugurios, mariquitas y lesbianas. Y de yayos en régimen de renta antigua. Según se mueren llegan más homos, así que cada día es más gay. A mí sólo me importaba que se aparca fatal. Para que no te multasen bastaba con dejar en el salpicadero una chapa del ejército, aunque primero debías dar con un hueco. Me costó potorrón de vueltas, pero lo dejé a veinte metros de donde debía presentarme. Al poco le tenía frente a mí. Un hombre muy alto, delgado y de aire desmejorado, como todo el mundo cuando le dan quimio. Me pareció distinguido. Por lo bien vestido. Y por el bastón. Y el sombrero. Y el bigote, muy recortadito. Sobre todo, por el monóculo. Le sentaba muy bien. Me cuadré, saludé y le dije qué ordenes tenía. Él asintió, sin más. Caminamos hasta el coche. Prefirió sentarse atrás, porque se movía mal. Se dejó caer de culo en el asiento, pasó la pata buena y después la mala. No quiso que le ayudara. Muy digno, muy macho pese a ser un vejestorio, pero el caso fue que lo pasó fatal. Me dio penilla. Le veía tan mayor, tan frágil, aunque tan tieso, tan lleno de orgullo, que me conmovió. Un poquito.

Percibía la impaciencia de su audiencia, pero no pensaba cambiar de ritmo. Si les parecía mal, ahí tenían la puerta.

—Ya en el Hospital, le costaba tanto salir que le tendí la mano. Dudó, pero la cogió. Al momento le tenía de pie, aunque inestable. Igual se me cae, pensé, así que tomé la iniciativa.

»«¿Está bien, mi general?»

»«Gracias por ascenderme, hija, pero teniente coronel y gracias. Y no, no estoy bien, para qué decir otra cosa.»

»Le había salido una voz tenue, cansada, pero muy bonita. Yo soy sensible a eso. Bueno, lo era. Hoy ya paso de todas esas tonterías. Sensibilidades aparte, aquel hombre no estaba en condiciones de andar mucho, de modo que me lancé.

»«Se me queda usted aquí, que vuelvo ahora mismo.»

»Y eso hice, con una silla de ruedas. Me miró mal, como con odio, pero algo me veía en la cara. Yo, un poquito zorra, le había puesto mis mejores ojitos de «no me deje usted mal, ande».

»«A oncología, ¿no? Tranquilo, que le llevo. ¿Que ya lo hará un celador? Ni hablar. Mis órdenes son conducir para usted y yo conduzco para usted. El tipo de vehículo es indiferente.»

»Se rió, pobretuco mío. Ahí empezó a relajarse. Conmigo estuvo siempre bien, muy cómodo, aunque yo no perdí la formalidad en ningún momento. De palabra. De gestos, y de tonos, pues sí. Le cogí cariño, y a mi modo se lo demostraba. Él lo agradecía. Era un buen hombre. O lo fue conmigo. En los cinco días que conduje para él siempre fue un tipo encantador.

-¿Sólo se vieron cinco días, quiere usted decir?

-No. Quiero decir que conduje para él cinco días. Ése, tres más para lo mismo, y el del entierro. Uno al que pidió que le llevara. Bueno, él no pedía nada. Todo me llegaba vía Benjamín, y a él por la secretaría del JEMA, el jefe del Estado Mayor del Aire. Lo del entierro comenzó un viernes de abril. Estaba por irme a casa cuando viene Benjamín con un marrón inesperado. Un entierro en Burgos, el domingo, con ese teniente coronel al que de vez en cuando llevaba de quimios. Si se hubiese tratado de otro me habría puesto como un tigre, pero por ese hombre sentía debilidad. Quizá, porque me pitufaba que no le quedaban muchos telediarios. La última vez estaba tan fatal que dudé si llevarle al hospital o al cementerio, aunque ni aun así perdía el humor. Y había una cosa que me dijo Benjamín y que me acabó de conmover: la voz que pedía el servicio dijo que si no lo hacía yo, llevarle a Burgos, lo dejara correr, que cogería un taxi. Me volvió a dar el ataque de ternura, que así de idiota es una, y acepté a con-

dición de que Benjamín me dejara un Audi de teniente general, el que tenía mejor aire acondicionado de nuestros coches. Y así, a lomos de un trasto que pesaría tres toneladas, fui a buscarle a las nueve de la mañana del domingo.

El chileno se admiraba de lo mucho que la mujer se había relajado. Así daría mejor en la pantalla. No hay nada peor que una tía tiesa como un palo e incapaz de componer una sonrisa.

—No me puse de piratas. No quería que se sintiera incómodo, así que tiré de armario y busqué un vestido corto, negro y un punto escotado. Lo había estrenado en la boda de un hermano. Valía para todo: bodas, juergas y entierros. Ahora, si yo iba mona, él estaba imponente. De uniforme. Inmaculadamente blanco, el de verano, pese a que todavía no lo era. Con pocas condecoraciones, pero de buena pinta. En el bolsillo de pecho de su lado izquierdo, una Cruz de Hierro. Con su cruz gamada en medio. Yo sabía qué condecoración era, pero lo que no sabía era que también se colgaban del cuello. Es que llevaba dos. La otra, sobre la corbata —el chileno dio un codazo al alemán—. En el otro lado, una estrella de seis puntas. De oro. Estaba de lujo, resumiendo. Como los domingos hay poco tráfico, había parado en medio de la calle, con dos cojones. Entretenida en ayudarle a subir no vi que se acercaban dos mariquitas, de las de pluma desatada. «Mira la *drag queen*, lo que se ha puesto la tía», y alguna otra parida más. Me dio un ataque de mala leche de los que no se pueden aguantar. ¿Pero quién coño se creían ser ese par de zorras para meterse con mi teniente coronel? Me habría podido costar un disgusto, pero no vean lo a gusto que me quedé. ¿Que qué hice? Pues algo que no se debe hacer: amartillarles la M-82 en el hocico. Echaron a correr, chillando como las locas que a fin de cuentas eran —el chileno componía en su mente la imagen de una chica de buenas formas, en vestido corto, amartillando un pistolón en las jetas de dos maricones; de un modo también mental, aplaudió—. Él no dijo nada, pero le gustó. Una de las cosas que más se valora en la milicia es la lealtad entre camaradas, el «¡a mí la Legión!». Yo, allí, no era un inferior, dejando aparte que además era una mujer. Allí era su camarada. O mejor: su *kaczmarek*.

El alemán estiró el cuello. Miró al chileno, pero éste no conocía el *slang* de la Luftwaffe. Tomó nota y siguió a la escucha.

—De Madrid a Burgos hay dos horas. Él no hablaba. Yo, tampoco. Cerca del cementerio, y es que conozco bien Burgos, porque soy de allí, me paré para ponerlo en facha. Íbamos fresquitos, pero aun así notaba que tenía sed. Por unas babillas muy asquerosas que se le formaban en las comisuras. En el maletero llevaba una neverilla, y en ella unos botellines de agua y de cerveza. Cortesía de servidora, pues eran mi nevera y mis botellas. Le sorprendió el detalle, y lo agradeció como agradecen esas cosas los buenos caballeros: con sencillez. Se sopló una Beck de un trago, el tío. Después, y con un kleenex, le arreglé los morros, muy bruja yo. «Venga usted p'acá, que se le ha corrido el carmín.» Se reía mucho con mis bobadas, el pobre. Tras eso ya no paramos hasta la puerta del cementerio. Llegamos minutos antes de las doce, con el féretro por aparecer. Bajó del coche sin ayuda, pero un poquito tambaleante. A eso se debió que le pasara un brazo por la cintura, con el ánimo de volverme su báculo.

»«Se me coge usted del hombro, y bien fuerte, que no me rompo. Estoy muy cachas, ¿sabe, señor?»

»Se rió. Flojito, pero con ganas. No era la risa de un yayo decrépito. Era la de un hombre que había debido hacer estragos. Con las tías. Estaba muy mayor, y muy enfermo, pero tenía esa clase de atractivo que a las mujeres nos desarma. Y no por el uniforme. Venía de más lejos, o de más adentro. Un viejo la mar de interesante que había debido de ser un tipo irresistible.

El chileno hizo el gesto de pedir tiempo. Tras eso invirtió un minuto en ayudar al alemán, que rebuscaba entre sus papeles. En segundos tuvo en la mano la fotocopia de una ficha de la Luftwaffe. De noviembre de 1943, de cuando el tal teniente coronel era un alférez. La estudiaron unos segundos. El tío estuvo muy bien, parecían decirse. De facciones un tanto judaicas, aunque ciertamente viriles. Y con el mismo bigote que había descrito la ya muy animada sargento.

—Nos tragamos una misa pesadísima. Yo no prestaba la menor atención, pero sin dejar de advertir que había cantidad de

uniformes. Por entonces era una cosa muy extraña, pues raro era el mes sin que la ETA no se cargase un militar. De donde dejamos el coche a la capilla del responso no había mucho, aunque sí hasta la fosa. Le propuse ir en el coche, pero no quería privilegios. A resignarse, me dije, y echamos a caminar tan despacio como los demás, ya que los que llevaban el féretro iban pisando huevos. El panteón, pues era un muerto con panteón, quedaba como a doscientos metros. Para él fueron la subida del Calvario. Los resistió gracias a mí, que cuando le notaba flaquear le sujetaba más fuerte. Así, como dos novios, llegamos al panteón. Un cuadro siniestro. La única tía, yo. No me sorprendió, pues bien sé que allí, en Burgos, las mujeres no marchan tras los muertos hasta las fosas; son costumbres que no entiendo, pero que me dan de lado; tanto como para pasar de cualquier gesto de reprobación. Yo estaba para cuidar de mi teniente coronel y el resto me la traía muy al fresco. Capellán y enterradores aparte, sólo había momias. Él destacaba sobre todos. Por lo alto, por su prestancia y por su distinción natural. Dos tercios iban de uniforme. De azul y de caqui. Conté un general de división, seis de brigada y una docena de coroneles. Uno de los generales del Aire lucía una cruz de hierro, en la pechera, pero a diferencia de las de mi teniente coronel no tenía una cruz gamada en medio. La ceremonia, por lo demás, fue breve. Al final, sin que nadie dijera nada, salvo el «¡Viva España!» de ritual, todos se cuadraron. Mi teniente coronel, también. Además saludó al estilo militar. Lo señalo porque se habían levantado unas cuantas manos, al modo no sé si nazi o falangista. Yo pensaba que aquello sería todo y que nos podríamos largar, pero uno de los yayos se arrancó con el «Yo tenía un camarada», y se pusieron todos a cantar. Él también, aunque no en español. En alemán. Sólo yo me daba cuenta, porque lo hacía bajito, pero el hecho de que lo hiciese así, que algo debía de significar, me emocionó. Y aún lo hace. Un poquito.

Tercer cigarrillo. «Desde mañana ni uno más», se decía la sargento de ojos muy brillantes mintiéndose a sí misma.

—Las despedidas se le hicieron eternas. Estaba tan que se caía que no intentaba disimular: yo era su bastón. Su cayado. Se

cogía de mi hombro como sólo se coge a una esposa, y es que así pasa, que se quiera o no al final se acaba en una teta, pero no me importó. Sabía que no era nada sucio, nada guarro. Sólo un estar que se caía. No le aparté la mano, pobrecito mío. Bastante tenía con acompañar su paso al de los demás, que no al mío, pues yo iba como iba él. Así pasó, que ya era la una cuando al fin salimos de allí. Al llegar al Audi estaba exhausto. Se dejó caer en el asiento como un saco de patatas. Enteramente derrumbado.

»«Muchas gracias, soldado. De corazón. Sin ti me habrían sacado de aquí como a Paquirri de Pozoblanco.»

»Yo no dije nada, porque no sabía quién era el tal Paquirri, ni qué carajo hizo. Estaba por preguntárselo cuando dijo que si nos íbamos a comer. Acepté. Por intuir que así le alegraba el día. Tras eso preguntó si sabría llegar a Casa Ojeda. Claro que sabía, pese a que jamás había estado allí. Las hijas de los chusqueros, me añadí con alguna pena, no ponemos los pies en lugares tan aristocráticos, pero eso me lo guardé. Preferí regalarle la más prometidora de mis sonrisas. La que sólo me ha visto mi marido cuando vuelve de Afganistán, o de Irak, o de donde coño sea.

El chileno, conmovido, sonrió. Palabrotas aparte, cada vez le gustaban más. Por lo enternecedoras. La historia y la mujer.

—En el restaurante no quedaba ninguna mesa sin reservar, pero él preguntó por el *mâitre*, un tipo muy agradable que se llamaba Salvador. Sólo le faltó formar la guardia. Él pidió muy poco. Una tortilla y un Vega Sicilia del 60. Yo no sabía qué clase de vino era ése, pero lo supe después, al ver en la factura la burrada que costaba. Dudé, porque pedir más que quien invita no es de buena educación, pero me moría de hambre, así que pedí una paletilla más grande que yo. El vino apenas lo probé, pero habría sido un pecado no zamparme aquella carne. Por exquisita y porque lo bueno de masticar es que no te pierdes palabra, y él tenía muchas. Es adelantarme, pero murió dos meses después. Yo intuía que no tenía nadie a quien contar cosas. No sé por qué, pero percibir lo que llevan los oficiales en la cabeza me resulta fácil. Quizá porque no tienen costumbre de vérselas con mujeres en filas

y no se acuerdan de camuflar sus pensamientos si estamos delante. Qué sé yo. El caso fue que debía de necesitar una espoleta que le cebara los recuerdos, y como la tenía muy a la vista no tardé nada en hacerle hablar. Desde ahí, sin parar.

Se había quedado en silencio. No por evocar. Por revivir.  
—¿Cuál fue la espoleta?

## Domingo, 25 de abril de 1993

–Eso que lleva en el cuello, ¿es la Cruz de Hierro?

Se lo quedó pensando. Su memoria ya no era tan rápida como seis meses antes. La última gammagrafía no señalaba metástasis en el cerebro, aunque bien sabía que los cánceres de próstata las generan hasta en las gafas. Era lo que más le asustaba de su enfermedad: el volverse gilipollas, el no ser capaz de razonar, ni de recordar. El dolor, mal que bien, a fuerza de Buprex lo controlaba, y la progresiva debilidad, el cada día valer menos para nada, era no sólo algo con lo que contaba desde que supo cómo sería su fin, sino que gracias a lo gradual de su desarrollo conseguía compensar sus limitaciones de movilidad, pero el riesgo de volverse un pobre imbécil, babeando en una silla de ruedas, le aterraba. Combatía ese horror con una Walther P-38 regalo del general der Jagdflieger.\* La mantenía bien a mano, cargada, montada y lista para disparar. Galland se la entregó en noviembre de 1943, así que sólo le faltaban unos meses para cumplir las bodas de oro con la compañera de vida que más le había durado. Bien sabía que, muy a su pesar, no las iban a celebrar.

–No. Es una Cruz de Caballero. Una Ritterkreuz. Los que no saben las confunden, pero no son iguales –con una mano se señalaba la del cuello y con la otra la del pecho–. La de Caballero es más grande y cuelga de un corbatín si está sola, o de las Hojas de Roble, como ésta. La de Primera Clase, como esta otra –la del pecho–, se prende a la camisa o a la guerrera.

\* General inspector del Arma de Caza de la Luftwaffe, entre 1940 y 1945. Salvo excepciones, los títulos oficiales citados en la obra se expresan en el idioma original.

–¿Y por qué hay dos? ¿Por qué son diferentes?

–No hay dos. Hay siete. No siempre fue así. Cuando nació la primera, y te hablo de 1813, sólo había tres.

–Eso fue mucho antes de los nazis, ¿no?

Sonrió, aunque no de un modo condescendiente. No le importaba que su soldadito conductor fuese tan ignorante.

–Cierto. La Cruz de Hierro no es nazi. Ni alemana. Es prusiana. Existe desde 1813, cuando Prusia inició su guerra de liberación contra la Francia de Napoleón. El rey ideó una recompensa que incentivase a sus reclutas, pues eran de reemplazo y andaban mal de ardor guerrero. Como todo el mundo la podía ganar se convirtió en el honor más codiciado por el soldado prusiano. Tras Waterloo pasó a formar parte de la esencia nacional. Otro rey la rehabilitó en otra guerra contra Francia, la de 1870. En la del 14, lo mismo. Aquí Alemania perdió. Habría debido ser el fin de la Cruz de Hierro, pero Göring, el Padre José de Hitler, la puso en circulación nada más invadir Polonia. Con acuerdo a sus ideas, hubo tres cruces de hierro: la de Segunda Clase o EK2, la de Primera o EK1 y la de Caballero o RK. Para conseguir la RK era necesario poseer la EK1, y para que te dieran ésta debías antes haber ganado la EK2. Eso aparte, Hitler se reservó el derecho de adjudicar la RK a quien le diera la gana. Por ejemplo, las que otorgó a los primeros jefes de la División Azul, Muñoz-Grandes y Esteban-Infantes. Con acuerdo a las normas de Göring no habrían merecido ni la EK2, pero Hitler padecía muchas hipotecas, y pagar en medallas siempre sale a cuenta.

–Dijo que había siete, ¿no? –asintió; el teniente coronel se notaba mejor no sólo que al llegar, sino que varias semanas antes; «será el Vega Sicilia», se decía sin preocuparse de la causa del milagro; le bastaba con que sucediera—. ¿De cuáles son sus dos?

–Mis cuatro. La EK2 está en casa. Ésta –señalaba la que llevaba en la pechera– es la EK1. Esta otra es la RK –la tocaba con un dedo; una cruz tirando a siniestra que colgaba de una especie de alcachofa plateada, la cual, a su vez, parecía prendida de un corbatín rojo, blanco y negro—. Esto –ahora señalaba el objeto con aspecto de alcachofa– es la Eicheinlaub, u Hojas de Roble.

A lo largo de la guerra, los Caballeros de la Cruz de Hierro fuimos haciendo cosas cada vez más asombrosas. Algo había que inventar para distinguirnos. Así nacieron las Hojas de Roble para la Cruz de Caballero, las Espadas para las Hojas de Roble, los Diamantes para las Espadas y, ya muy al final, la Cruz de Caballero con Hojas, Espadas y Diamantes, en oro. ¿Cuántas se concedieron, dices? Alguna vez lo supe, aunque ya no me acuerdo.\*

—¿Cuántos no alemanes ganaron la de Caballero?

—Cuarenta y cuatro, aunque por méritos fuimos menos de la mitad. Los no alemanes hicimos la guerra de diversas formas, y no todas eran compatibles con la RK. Salvo excepciones, para conseguirla debíamos luchar bajo disciplina de la Wehrmacht, y no solía ser el caso. Algunas naciones participaron en la guerra de una forma oficial. Sumaban sus ejércitos al alemán, aunque manteniéndolos diferenciados. Así lo hicieron Italia, Finlandia y unas cuantas más. En sus ejércitos se dieron episodios de tremendo heroísmo, pero al no ser parte de la Wehrmacht no se les trataba como a la gente de la Wehrmacht. Si quieres un ejemplo sangrante, ninguno como Eino Juutilainen, un piloto finlandés que consiguió noventa y cuatro victorias. Una cifra de RK, pero sólo se le concedió la EK1. El caso de la División Azul es singular, porque no fue una unidad del ejército español, sino una horda de fanáticos que combatieron por el Reich en una división de la Wehrmacht, la 250<sup>a</sup>. Los cuarenta y pico mil españoles que pasaron por allí levantaron entre todos 138 EK1 y 2359 EK2, pero ninguna RK; ésas, sólo para Muñoz-Grandes y Esteban-Infantes. A Muñoz-Grandes, que no podía ser más nazi, Hitler en persona

\* Entre septiembre de 1939 y mayo de 1945 se concedieron 7318 cruces de caballero (Ritterkreuz des Eisernen Kreuzes, abreviada en RK), 890 hojas de roble (Eichenlaub zum Ritterkreuz des Eisernen Kreuzes, o RKE), 169 espadas (Eichenlaub mit Schwertern zum Ritterkreuz des Eisernen Kreuzes, o RKS), 27 diamantes (Eichenlaub mit Schwertern und Brillanten zum Ritterkreuz des Eisernen Kreuzes, o RKB) y sólo una en oro (Goldenes Eichenlaub mit Schwertern und Brillanten zum Ritterkreuz des Eisernen Kreuzes, o GRKB). De entre todas ellas, los pilotos de la Luftwaffe consiguieron 538 RK, 130 RKE, 34 RKS, 9 RKB y la única GRKB.

le impuso la Eichenlaub. Luego venían los voluntarios de terceros países. No se alistaban en la Wehrmacht, sino en la Waffen SS. Ésta era un ejército nazi, de mandos y estructura propios. Ahí fueron a parar varios cientos de españoles, no vayas a pensar que nuestra participación se limitó a la División Azul. Lo que pasa es que al Régimen le avergonzaba reconocerlo, y lo callaba. Estos otros españoles formaron la Compañía 101 de la 28 División de Granaderos SS. El fin de la guerra les pilló en Berlín, agrupados en la SS Nordland. Los rusos se los cargaron a todos, tengo entendido. Hicieron bien. En el último lugar, los mercenarios. Que yo sepa, todos fuimos pilotos. De transporte, unos cuantos. De caza, sólo dos. El que acabamos de sepultar y yo.

La soldado se había dejado atrapar. Ya no era una joven amable tratando de distraer a un viejo guerrero. Se había transformado en lo que a fin de cuentas era: una soldado muy vocacional que disfrutaba lo indecible al escuchar historias inusitadas de otro soldado, infinitamente más ilustrado, y más sabio.

—¿Y a usted por qué se la dieron?

—Es una historia muy larga. Larguísima. Para empezar, ¿tú sabes qué fue la Escuadrilla Azul? ¿Que no te suena? Pues sin conocer su historia te será difícil comprender la mía. ¿Que te la cuente? Que aún estás en la ensalada. Bien, si no te aburre..., pues fue una escuadrilla de caza formada por pilotos españoles, bajo mando español aunque integrada en un Gruppe de la Luftwaffe. Se diferenciaba de las escuadrillas alemanas en que tenía su propio escalón de mantenimiento, sus propias comunicaciones y su propia sanidad. Eso demostraba el empeño de Franco en hacer un esfuerzo mayor que prestar al Reich unos cuantos pilotos, pero determinaba una mala integración en la Luftwaffe. Su rendimiento, en consecuencia, fue penoso. En dos años sólo conseguimos ciento cincuenta victorias. Los registros de los cuatro que lo hicieron mejor, Hevia, Cuadra, Gavilán y Sánchez-Arjona, son irrelevantes frente a los que levantaron cientos de pilotos alemanes en el mismo tiempo. Alguno consiguió, él solo, más del doble que toda la Escuadrilla Azul, con los noventa pilotos que llegó a tener. No pongas esa cara, que no exagero. Lo que pasa es que hablar

de fracasos, si no desastres, no está bien visto en nuestros benditos ejércitos, por muchos años que hayan pasado. Y la Escuadrilla Azul fue un desastre sin paliativos.

El viejo guerrero, pensaba la soldado, ya entraba en calor.

—La Escuadrilla era una unidad militar, integrada por oficiales, suboficiales y tropa que al término de su misión se reintegraban al Ejército del Aire, sin merma de antigüedad. Esto podría considerarse acto de guerra, de modo que se puso cuidado en no hacer ruido. Franco, muy astuto, y muy sutil, en 1942 ordenó que todo lo relacionado con la Escuadrilla fuese alto secreto, empezando por las identidades de los pilotos. Fíjate cómo habrá sido que sólo en 1985 volvieron a conocerse. Nos distribuyeron en cinco grupos, definidos como Primera Escuadrilla, Segunda Escuadrilla, y así hasta la Quinta. La Primera se formó en el verano del 41. Sus diecisiete pilotos fueron enviados a una escuela de caza, en el Reich. Se les entrenó durante meses y después siguieron a Rusia, donde les esperaban doce Bayerische Flugzeugwerke 109E, esos que los incultos llaman Messerschmitt Me-109.\* La unidad se llamaba, en el plano formal, escuadrilla 15, grupo IV, ala de caza 27, cuerpo aéreo VIII, flota 2.\*\* Ésta es la historia oficial. La real fue distinta. El entrenamiento, para empezar, no fue tanto de volar como de disciplina operacional. Los pilotos de la Primera eran veteranos de la Cruzada, pero eso a la Luftwaffe no le valía. Los entrenaron durante meses por tres razones. Una, no hablaban alemán; así, ni podían entenderse con el control aéreo ni

\* El avión de caza Bayerische Flugzeugwerke Bf-109 se construyó en diversos países y por diferentes compañías entre 1935 y 1958. Los aviones construidos hasta mayo de 1945 se llamaron Bf-109, más una letra seguida de un número que indicaba la versión y el submodelo, desde el V-0 (prototipo) al K-4, último que se fabricó en masa. Su denominación oficial jamás fue Me-109 (siempre fue Bf-109). Tras el fin de la guerra la producción prosiguió en Checoslovaquia, donde se fabricaron dos modelos basados en el G-14, diferenciados en el tipo de motor que empleaban y que se llamaron S-99 y S-199, y en España, donde se fabricaron otros dos, basados en el G-2 y que se denominaron Ha-1109 y Ha-1112. Entre todos los modelos y variantes se construyeron, en sus veintitrés años de vida como producto industrial, más de 35 000 unidades.

\*\* 15 Staffel, IV Jagdgruppe, Jagdgeschwader 27, VIII Fliegerkorps, LuftFlotte 2.

con los otros pilotos. Dos, su disciplina de vuelo era la española, que se parecía tanto a la del Reich como la *Macarena* de Los del Río a la *Novena* de Beethoven. Tres, sus normas de combate, sus *engagements rules*, eran las de la guerra civil; sólo valían para pelear en condiciones de buena visibilidad contra un enemigo inferior. En Rusia, para su espanto, encontrarían lo contrario. En resumiendas: ni los pilotos eran los *experten*\* que Canaris había pedido a Franco, ni la guerra donde se metían era la que pensaban ellos. Al cabo de seis meses habían mejorado, pero ahí se les ordenó regresar a la España del sol, el vino y las mujeres. Así, cuatro veces más. Cada Escuadrilla lo pasó peor que la precedente. Los aviones estaban maltrechos, los rusos cada día eran más y sus cazas superaban de mucho a los alemanes. Por si algo faltaba, Franco quería salirse del avispero, no fuera que los americanos aprovecharan el pretexto de que una unidad militar regular, por mucho que se camuflara de voluntaria, combatía en Rusia contra sus aliados.

—¿El pretexto de qué, mi teniente coronel?

—El que necesitaban para quedarse con las Canarias, pero ésa es otra historia. Volviendo a la Escuadrilla, en octubre del 43 Franco abandonó la no beligerancia. En prueba de que iba en serio mandó retirar la División Azul. Ahí se organizó un cisma, ya que dos mil de sus falangistas querían seguir peleando contra el comunismo malísimo. Franco, a regañadientes, autorizó que se quedaran. Se creó un regimiento al que llamaron Legión Azul. En él metieron a la maldita chusma y lo integraron en una división de la Wehrmacht, la 121<sup>a</sup>, para retirarlo seis meses después. A nosotros nos mandaron a casa en marzo del 44. Los pilotos de la Quinta y última nos quedaríamos sin apenas haber volado y sin derribar un solo avión; bueno, yo no, pero eso ya te lo explicaré. Los alemanes, ya muy cortos de pilotos, a los que hablábamos alemán nos ofrecieron quedarnos. No nos tenían por ineptos, por-

\* *Experte* o *experten* (plural). Título no oficial, aunque sumamente internacionalizado. En la Luftwaffe se atribuía a todo piloto que consiguiera un mínimo de cinco victorias confirmadas en combate. Viene a equivaler al americano *ace*.

que sabían que si las cosas salieron mal no fue por cobardía ni porque fuéramos unos maulas. Nuestra historia oficial dice que la culpa fue de los alemanes por darnos aviones mediocres. Pues no. Es verdad que nuestros aviones eran peores, pero es que no merecíamos los últimos modelos. Ésos eran para los *experten*. El desastre de la Escuadrilla se debió a que no nos pusieron a las órdenes de los alemanes. Nuestros jefes eran pilotos reciclados del arma de caballería, muy mayores. No sabían pelear a quinientos por hora contra una horda de aviones mejores y bien tripulados. Los alemanes, todos unos críos, como lo era yo, sí que sabían. Si nos hubieran mezclado con ellos habríamos mamado de la mejor teta, pero el ejemplo que recibíamos de nuestros jefes era el de unos yayos que volaban en sus cazas como si montaran percheros, y los Bf-109 eran purasangres. Tan difíciles de cabalgar como cualquier purasangre, pero absolutamente fantásticos si se tenían buenas manos. Hubo más, que ahí no acababan las cuitas. El mantenimiento era garrafal, porque nuestros suboficiales no entendían la documentación original, y la traducida estaba tan mal hecha que a los pocos que hablábamos el idioma nos daría risa si no nos diera horror; tampoco lograban entenderse con los mecánicos alemanes, porque los intérpretes eran desastrosos. Ponele su poquito de juerga y cachondeo, que nos daban las tantas con la guitarra, el vinillo y el jamón... Eso nunca nos faltó, mira, y ya lo tienes todo. Los alemanes se iban al catre con las gallinas. Aburrido, sí, pero al despertar estaban en la mejor de las formas, mientras a nosotros las legañas nos pesaban tanto que apenas podíamos abrir el ojo. En fin, que aquello sólo podía terminar como terminó.

No hablaba con una soldado enfervorizada, ni estaba en un restaurante de la calle Vitoria un luminoso domingo de abril de 1993. Había regresado a marzo del 44, en una embarrada pista de Bobruisk, sentado en la carlinga de un Bf-109G-6 con el motor en marcha pero sin permiso para despegar, porque acababa de llegar la orden de volver a España. Una ilusión, aunque durante unos instantes no la pudo sentir más vívida. Le habría gustado revivir un poco más aquellos momentos de gloria y juventud, esos

que tan inusualmente nítidos se formaban en su memoria –un fenómeno cada día menos frecuente–, aunque tras desvanecerse más allá de las cristaleras pensó que perseguirlos sería una grave descortesía con la chica deliciosa que le había sacrificado un domingo entero. De ahí que volviese al Ojeda de 1993, un punto conmovido por los brillantes ojos grises, tan pendientes de los suyos y de sus palabras como en otros tiempos lo estuvieron muchos otros de muy diversos colores, aunque de siempre, se decía según recuperaba el hilo, para que unos ojos de mujer le llegaran a fascinar debían ser tan grises como aquellos que parecían olvidados de la enorme paletilla.

–Yo he volado toda mi vida. La primera vez que me subí a un planeador fue allá por 1933, con doce añitos. Un Grunau-9 de fabricación alemana. Lo menos que despachaban para debutar en el arte de volar. Todo él madera, lona y cordaje. Sin instrumentos. Despegaba remolcado. Cuando ya estabas dos metros en el aire te soltabas. Que te mantuvieras arriba más o menos tiempo, y pasar de cinco minutos era de matrícula de honor, dependía de tu instinto natural. De lo que tuvieras de pájaro. A partir de la mismísima primera vez, volar se convirtió en mi obsesión. Mi familia no era de posibles, ni mucho menos. Sólo sucedía que a mi padre, ingeniero agrónomo, le salió un encargo en Burgos, para levantar naves agrarias. Debía edificarlas en un erial que llamaban Gorreñal, cerca del Aeropuerto de Gamonal. Allí había un aeroclub y una escuela de vuelo sin motor. Mis padres solían ir allí los domingos, no sé a qué, pero gracias a eso acabé un buen día sentado en el Grunau-9, tan emocionado como puedes imaginar y sólo temeroso de hacer el ridículo. No de matarme. Sólo de quedar como un idiota.

–Deduzco que no quedó como un idiota.

–Pues deduces mal, porque lo hice tan fatal como todos los que debutan. No creo que me mantuviera en el aire más de diez segundos, aunque fueron suficientes para que se me inoculara el venenillo. El de ser piloto, y no de inofensivos planeadores. A mi edad ya sabía que una vez hubo un Barón Rojo. Bien, pues ese día tomé la decisión: yo sería el siguiente Barón Rojo. Lo de rojo,

por cierto, lo tenía bien. Me bastaría con seguir los pasos de mi padre, y es que rojo, lo que se dice rojo, lo era un rato.

—¿Nació usted aquí, mi teniente coronel?

—No, en Madrid, pero los veintes eran malos años para los ingenieros que no aprobaban oposiciones, y no porque no valieran, sino por estar vetados. Por sus convicciones. En el caso de mi padre, las políticas, las religiosas, las militares y las sociales. Ya ves, no se privaba de nada. Iba tirando a fuerza de dar clases de física, y de trazar algún proyecto de poco dinero que le pasaban sus amigos; los otros, los buenos, se los quedaban ellos. Mi madre no era roja, pero ya sabes cómo va eso del amor y las hormonas, que a menudo acabas en la cama con quien menos te conviene. A ella nunca le convino mi padre, pero aun así estuvo con él hasta finales del 34. Por entonces vivíamos mejor, porque con la república empezaron a irnos bien las cosas. Mi madre pensaba echar raíces en Burgos, pero se organizó lo del 36 y dejaron de llegar las cartas de padre. Andaba en Sevilla, en la delegación de Agricultura. Vivía con una guarra que se había ligado en Madrid, o eso me contó mi madre años después. Allí le sorprendió la guerra. La sublevación, en Burgos, no fue traumática, por ser una plaza militar. Residían el regimiento de infantería 22, el de artillería 11 y el de caballería 5. Sus jefes, empezando por González de Lara, el gobernador militar, estaban hasta las trancas con el inminente golpe del general Mola. Sólo esperaban sus órdenes para sublevarse y capturar al único que no estaba en el ajo: el general Batet, jefe de la VI División. La tensión se mascaba desde que las últimas elecciones las ganaran los rojos. A la hora de la verdad, sin embargo, no sonó un tiro. Hubo confusión, y muchas idas y venidas entre Capitanía y los cuarteles, pero a primera hora del domingo 19, mucho después de saberse lo de África, el hombre fuerte de Mola en Burgos, el coronel Gistau, arrestó a Batet, a sus ayudantes, al gobernador civil y al jefe de la comandancia de la Guardia Civil. Tras eso las tropas salieron a la calle. Se arriaron las banderas constitucionales y se izó la de Carlos III. Desde ahí..., pues nada más. El alzamiento, en Burgos, terminó así. En casa ni nos enteramos, aunque mi madre algo debía de saber, porque no me

dejó pisar la calle hasta el lunes 20. Tampoco ella la pisó. Ni siquiera para ir a misa, y eso que vivíamos frente a la Iglesia de San Lesmes, en una casa que le había prestado su padrino, un tipo al que todo el mundo llamaba El Exquisito y que se había ido a Biarritz cuando la cosa empezó a oler mal. Así volvió a Burgos la normalidad, y yo a recuperar los suspensos en un Liceo Zorrilla que no había dejado de ser el Sagrados Corazones de los Maristas. Cuando éstos regresaron de derecho volvieron a cambiarle el nombre. A partir del curso 36-37 se llamaría Liceo Castilla, y siguió así hasta que lo derrumbaron hace unos años. Estudiar allí, a las órdenes de los Maristas malditos, me daba cien mil patadas en la barriga. Sólo pensaba en hacer pellas para irme a volar. La guerra civil, me decía con la ingenuidad de los quince años, era la gran oportunidad de volar en serio. Mi madre y las vecinas decían que a Franco le faltaba de todo, y en ese «todo», creía yo, los pilotos serían lo más urgente. Así, un día de agosto de aquel bendito 1936, con los dos cojones que me había dejado en herencia mi padre, pues por entonces los falangistas ya se lo habían cargado, aunque aún no lo sabíamos, me presenté al sargento que mandaba la guardia en Villafría. Quería ser piloto y luchar por Franco y por España, y así se lo solté, ya ves tú lo niño, y lo tonto, que podía yo ser. En realidad, me daba igual luchar para Franco que para los otros. Lo que yo quería era volar. Lo demás..., pues me la traía muy al fresco, qué quieres que te diga.

La soldado, hechizada, le sonreía. Una sonrisa de mujer, le sorprendió comprobarlo, que aún le transmitía un tenue calor.

—Yo ya era muy alto, pero sin dejar de ser un crío. Tanto, que aquel sargento se limitó a decirme que volviera cuando me pudiese afeitarse. Me quedé jodido en mi amor propio, aunque me consolaba ver que los planeadores seguían allí. Si antes apenas había control sobre quién los usaba, con la marcha de casi todo el personal nadie se molestaba en preguntar por qué carajo me pasaba yo las horas y los días volando sin parar. Sólo era difícil dar con alguien que me remolcara, porque había poca gasolina y pocos coches, y no te digo nada de tipos caritativos que aceptarían perder unas gotas de su preciosa gasofa en lanzar al aire un

chaval irresponsable. A que nadie me controlara se debía que cada cada día lograra mantenerme más tiempo arriba. En noviembre ya pasaba de las dos horas; fue ahí cuando un capitán se me acercó para saber de dónde salía, y dónde vivía, y, en fin, todo lo que se suele preguntar a un jovencuelo sospechoso.

Pausa, trago y evocación. No se preguntó cuánto tiempo le llevó todo eso, por no querer saber que fueron cinco minutos. Un tiempo que la soldado invirtió en tomar nota mental de la historia que relataba su lejanísimo superior, y sin perder de vista una expresión fatigada, pero que no por eso dejaba de ser atractiva. Cuando menos, para una chica tan sencilla como ella.

—Los aviones alemanes ya ocupaban Gamonal. Eran trimotores Junkers Ju-52 y biplanos Heinkel He-51. Una de las cosas que ya dominaba era identificar aviones, de modo que distinguía sin dificultad un Breguet 19 de un Nieuport 52, a los dos de un Fokker F-VII y a todos ellos de los He-51 y de los Bü-131. Seguía sin tener idea de las casullas que debían vestir los curas el día del Corpus, pero los aviones los situaba con facilidad, porque no vivía para otra cosa. Los He-51 fueron los primeros cazas de la Legión Cóndor, un grupo de combate que los alemanes cedieron a los nacionales y que incluía blindados, artillería y aviones. Sus escarapelas eran las de Franco, que no podían ser más siniestras: un círculo negro en los flancos y la cruz de San Andrés en el timón de cola, y también sobre las alas. Yo los veía en Gamonal según deambulaba en mi bicicleta por Villafría, o volando en algún planeador, hasta ese buen día en que se me vino encima el capitán. Uno que, tras interrogarme, dijo que sentía darme malas noticias, pero a partir de aquel momento quedaba prohibido el vuelo sin motor en Gamonal y en Villafría.

A la soldado no le costó deducir que sería para evitar accidentes. No podía ser por fastidiar a un niño de quince años.

—El hombre se compadeció de verme tan desolado. Supongo que por eso me dio un poquito de palique. La cara le cambió al oír que los idiomas se me daban bien, tanto que además de alemán hablaba un poquito de inglés y algo de francés. En el acto quiso saber la causa; se quedó de lo más ojoplático al saber que

hablaba alemán desde siempre, pues mi abuelo, que aún vivía, era un prusiano de Berlín. Tras eso le tuve que contar que vino a España para revisar los cálculos estructurales de un puente que los franceses andaban construyendo, el de Portugaleta. Pensaba estar no más de un año, pero se cruzó con una vasca de concurso y allí se quedó. Ahora, jamás abjuró de su cultura, ni de su lengua. Se debió a eso que con mi madre jamás hablara en otra cosa que alemán, igual que conmigo, pues desde siempre pasaba los veranos en Neguri, con él y con mi abuela. También a eso se debió que mi madre y yo, a la hora de discutir, cosa no infrecuente por lo catastrófico de mis notas, o por mi mala conducta en el colegio y en la calle, o por lo mal que llevaba la disciplina de los Maristas puñeteros, instintivamente lo hacíamos en la lengua del abuelo. Fue gracias a él que desde siempre padeciera un refuerzo de alemán, y desde los doce también de inglés. Los pagaba él, pues en casa íbamos muy justos. A mí me fastidiaba cantidad, pero con los años dejé de maldecir. Estudiar es una cosa que jamás me ha gustado, pero el caso es que mi vida, buena o mala, divertida o aburrida, si es como ha sido fue gracias al abuelo Dietrich. O por su culpa, según se mire. Si en el otoño del 36 mi vida cambió, y de qué forma, fue por hablar alemán como si fuese alemán, y por tener un segundo apellido que sonaba tan alemán como si yo lo fuera de verdad.

Nueva pausa. La fatiga, se decía ella, pero aún le quedarían fuerzas, pues tras un nuevo trago volvió a seguir el hilo.

—Días después, un soldado trajo un escrito. A mi nombre. Se aceptaba, para horror de mi madre, mi petición de causar alta como corneta en Aviación, debiendo presentarme al día siguiente, con mi documentación y mis efectos personales, al capitán Mazarrambroz, en la base de Villafría-Gamonal; lo de corneta fue porque para ser soldado era necesario tener dieciséis, pero corneta se podía ser hasta en pañales. No te oculto que se me encogió un poquito el estómago, y más tras la catarata de lloros, gritos y amenazas de mi madre, las de ir ya mismo a Capitanía General, si no a la Junta de Defensa Nacional, para que renunciaran a llevarse su niño de quince años, aunque lo cierto fue que, tras un

buen rato de lo mismo, aceptó que si en algo había salido a mi padre era en que cuando decidía tirar por un camino era imposible convencerme de que marchara por otro, y el mío, al fin lo admitía, era el de volar. Y el de pelear. Yo era muy pendenciero, ¿sabes? –La soldado le sonrió, con militar complicidad–. Y muy agresivo. Quizás intuía que algún día me ganaría la vida pegándome con los demás. Con todos los demás.

Había levantado la mano. Poco después, tras echar un vistazo a una cifra que a ella le desorbitó de los dos ojos, dejó un buen lote de billetes, del tipo más potente, para luego decir:

–Muchas gracias por este ratito, soldado. Me gustaría contactarte más chorradas, pero ya no tengo gasofa. ¿Me llevas a casa?